

Escritores del mundo



**EL PLIEGUE INTERNO:
HAMBRE,**
por Graciela Batticuore

Pág. 41



SOBRE DOBLE PAR de
Agrimbau-Ginevra y
Santullo-Greco,
Por Grisel Pires dos Barros

Pág. 25



SALVAR LA REPÚBLICA,
por Alcides Rodripiguez

Pág. 6



**NOVELA ANOTADA: LA
VOLUNTAD Y LA FOR-
TUNA DE CARLOS
FUENTES Y UN SUBRA-
YADO DE THOMAS
PIKETTY**

Pág. 36

**SOBRE CUANDO LA
CIENCIA DESPERTABA
FANTASÍAS,** de Soledad
Quereilhac

Pág. 2

soledad quereilhac
cuando la ciencia
despertaba fantasías

prensa, literatura y ocultismo
en la argentina de entresiglos



SOBRE CUÁNDO LA CIENCIA DESPERTABA FANTASÍAS, DE SOLEDAD QUEREILHAC,

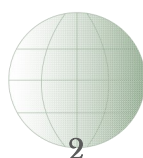
por Pablo Luzuriaga

En la literatura americana desde Edgar Allan Poe persiste una tradición que atiende a la realidad como si fuera un mundo de fantasmas. En un texto recobrado de Borges sobre T.S. Eliot de 1933, refiere a las "dinastías de la variación, del plagio y del fraude" mucho antes de Pierre Menard. Según los franceses se repite en las generaciones desde Poe "que engendró a Baudelaire, que engendró a Mallarmé, que engendró a Dadá, que engendró a Bretón. España admite con fervor esa cosmogonía, siempre que Góngora sea el iniciador de la serie, el primer Adán". La realidad como si fuera un mundo de fan-



tasmas llega a nosotros desde Poe por medio de Lugones, del propio Borges, de Horacio Quiroga o de Martínez Estrada quien llegó a decir que Poe primero había leído a Balzac que había leído a Dante. Entre otras fantasías que heredamos de Poe se encuentra la de corte científico asociada a la teoría de Franz Anton Mesmer (1734-1815) acerca del "magnetismo animal". Según Mesmer habría un fluido magnético físico que conectaría todo, no muy lejos de las actuales creencias *New Age* o la imagen de la "energía" del *Cosmos de las nuevas religiosidades y terapias*.

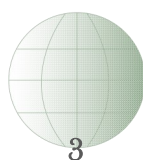
El tercer capítulo del libro de Quereilhac "En busca del fantasma de los vivos. El magnetismo animal" explica la teoría de Mesmer y describe su impacto en instituciones



y formaciones culturales argentinas a principios del siglo XX. De la *Revista Magnetológica* y la Escuela de Magnetismo de 1900, a la Sociedad Científica de Estudios Psíquicos y el actual Instituto de Psicología Paranormal de Buenos Aires. La tradición literaria desde Poe había incluido temas científicos o pseudocientíficos como solución a los dilemas del género fantástico y en el período de "entresiglos" persiste esa "dinastía de la variación" en Argentina. Al mismo tiempo, las teorías científicas discuten sus límites y fronteras, el psicoanálisis valida la hipnosis y funda otra forma de validación "conjetural", la zoología de Von Uexküll influye en la filosofía de Heidegger. Según Alberto Rojo, Borges pudo haber anticipado la teoría de los muchos mundos de Hugh Everett III. La ciencia "despertaba fantasías"; y las fantasías despertaban a la ciencia. Quereilhac ofrece lecturas de los casos de Holmberg, Lugones, Chiappori y Horacio Quiroga.

El libro dispone un recorte histórico singular de "entresiglos", discute la periodización disciplinar de los "estudios" sobre literatura argentina que divide al siglo XIX del siglo XX. Repone un contexto histórico preciso con el oído entre la ciencia y la cultura, del misticismo al darwinismo y las discusiones positivistas, en el origen de las ciencias en Argentina. El malentendido –mal intencionado– que circuló por redes sociales dos meses atrás sobre la manera en que una investigadora de la Universidad de Buenos Aires se transforma en miembro del Conicet, de no ser malintencionado –en el sentido de la política post-paranoica posterior a 1989 que denuncia Silvia Schwarzböck como giro hacia la no verdad–, si no tuviese tanta mala leche y fines repudiables, el malentendido podría servir para leer el libro de Quereilhac: ¿cuál es la relación entre literatura, ciencias "ocultas" y ciencia del Conicet? ¿Por qué el Estado invierte en estudiar literatura? Las "fantasías científicas" suponen una perspectiva histórica de la literatura. En la pre-historia de la ciencia ficción, entre el mal metafísico de los poetas y las pseudociencias de los narradores, en la emergente cultura de masas, se consolidan los lectores que más tarde leerán *Ficciones*. El libro ilumina una tradición cultural, no se trata de un tema de innovación tecnológica. Sobre la inutilidad fundamental de la literatura y su relación con las políticas públicas de la ciencia es una discusión posible, y necesaria.

Quereilhac propone buenos argumentos para mejores lecturas de objetos como la literatura de Horacio Quiroga. Contribuye al sistema científico siempre y cuando los científicos vuelvan a leer los cuentos de Quiroga, en su paso por la educación. Títulos



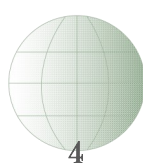
como *Cuentos de amor, de locura y de muerte*, *Morir en occidente* de Philippe Ariès, *La muerte de Louis-Vicent Thomas* o "Thanatopsis" de William Cullen Bryant podrían fotocoparse más seguido en la facultad de medicina. Los científicos leen y escriben. Cuando la ciencia despertaba fantasías, por momentos, asume el tono de la divulgación científica y de las revistas de pseudociencias. Suma lectores no especializados en literatura.

¿Qué relación mantiene la literatura con la ciencia? Ante el dilema entre el poeta místico o el romántico alemán que pretende que el arte incluya a la ciencia superándola, por un lado, y el narratólogo del Conicet que considera que en la literatura no hay ningún signo excepcional asociado a la experiencia histórica y la verdad distinto del que pueda haber en cualquier otro documento del pasado, el libro de Quereilhac no se pronuncia. Por momentos parece reírse de los que se toman en serio las fantasías científicas, por momentos descoloca dándoles un espacio que antes no tenían.

La tipografía de Siglo XXI ayuda en la comparación con otro libro: *Berlín 1900. Prensa, lectores y vida moderna* de Peter Fritzsche. El de Quereilhac como el de Fritzsche bucea entre revistas y lectores. También recuerda la propuesta de Marc Angenot sobre los límites históricos de lo pensable y lo decible. En zonas liminares de los grupos, en las fronteras de la cultura y la ciencia, los registros en la prensa refractan fantasías científicas y urbanas en el cambio de siglo.

La lectura del libro de Quereilhac como excusa para hablar de la utilidad de la literatura desde el punto de vista del gasto público destinado a ese tipo de investigación no conduce lejos, aunque parezca un camino, porque el libro no habla de la ciencia que podría redituarse dinero al país. El tema de las pseudociencias y las prácticas espiritistas era un asunto cantado para el escriba promedio de cualquier órgano de batalla en la guerra de los medios contra el gobierno. Más todavía teniendo en cuenta lo que dijo Axel Kicillof en campaña sobre la pauta comercial y lo que todos sabemos que sucedió con esos fondos durante el gobierno de Vidal y la comida balanceada de los animales sueltos.

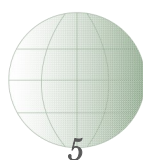
La discusión y las preguntas que suscita el libro, en todo caso, podrían restringirse a un problema teórico vinculado a los usos de Raymond Williams y Fredric Jameson que propone. ¿Qué clase de "ciencia" es la que practica el libro? Reconstruye una trama de discursos sociales anudada a la serie literaria. ¿Cuáles son las marcas de las "fantasías científicas" en la sensibilidad urbana? ¿Qué problemas políticos resuelven



esas fantasías? ¿En qué medida las "fantasías científicas" no estaban también en las figuras y metáforas del *Manifiesto comunista*? *Los espectros de Marx tienen ante las teorías pseudocientíficas una tradición filosófica vinculada a su trabajo temprano sobre el materialismo de Demócrito y Epicuro.*

En *Materialismo*, Terry Eagleton recorre los matices de los distintos materialismos, el histórico, el dialéctico vitalista, el mecánico, y discute al "nuevo materialismo" de Žižek. El libro de Quereilhac nos impulsa hacia una pregunta más sutil que aquella que interroga la utilidad práctica e inmediata de la literatura en el sistema científico: ¿en qué medida las "fantasías científicas", los dilemas de la ficción ante los límites de la razón, no anidan en toda especulación teórica o filosófica sobre el materialismo? ¿En qué punto el materialismo cultural no tiene en Balzac o en Poe a dos figuras tan importantes como el propio autor de *El Capital*?

Pablo Luzuriaga,



SALVAR LA REPÚBLICA,

por Alcides Rodríguez

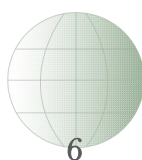


A lo largo del siglo XX tomó forma en la Argentina una narrativa golpista que incluyó entre sus tópicos la idea de ir al rescate de una República en peligro.

En julio de 1967 el general Juan Carlos Onganía, presidente de facto de la Argentina, dio un discurso

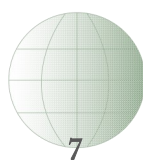
ante sus camaradas para celebrar el primer aniversario de su gobierno. Hablaba allí no olvidar la “obligación asumida” por las Fuerzas Armadas tras el golpe de Estado: restaurar la República, rescatarla del estado de postración en que se encontraba. “Instituciones - afirmaba - que hubiéramos querido fuertes y vitales, que como Fuerzas Armadas habíamos restaurado al frente de nuestra República en tres oportunidades en el pasado casi inmediato, resultaron débiles, deformadas o incapaces, frente a las exigencias mínimas del futuro de la patria”. Las tres oportunidades a las que se refería Onganía eran los golpes de Estado de 1930, 1943 y 1955. El tópico de una República debilitada necesitada de salvación venía de lejos.

En su manifiesto de 1930 el general Uriburu, presidente provisorio del país tras haber derrocado a Hipólito Yrigoyen, hablaba de salvar al país de una grave enfermedad. Había que someter a las instituciones de la República a una serie de reformas para sanearlas, de modo tal que los futuros votantes recuperaran la confianza en la organiza-



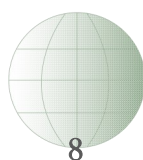
ción política y constitucional del país, y no se repitieran fenómenos lamentables como el yrigoyenismo. “La indispensable disolución del actual Parlamento - decía Uriburu - obedece a razones demasiado notorias para que sea necesario explicarlas. Cómplice del gobierno depuesto, jamás Congreso alguno ha dado un ejemplo de mayor sumisión y servilismo. Las pocas voces que se han alzado en defensa de los principios de orden y altivez en una u otra Cámara sólo han conseguido salvar la dignidad personal de quienes han denunciado el oprobio, pero en ningún caso han podido devolver al Cuerpo, de que formaban parte, el decoro y el respeto definitivamente perdidos ante la opinión”. Federico Pinedo, un político de origen socialista que respaldó el golpe de Uriburu, dijo en un discurso que “enfrentar hoy a Yrigoyen con las fuerzas de un gran país que quiere salvar su patrimonio material y moral, es determinar la indefectible caída, y para no volver, de un régimen que es en la Argentina un vergonzoso anacronismo (...) es necesaria la organización de esa fuerza que sólo puede formarse despertando la conciencia democrática y republicana de la Nación, y agrupando las fuerzas populares capaces de mantener en pie las instituciones fundamentales que el país hoy tiene”.

La sucesión de gobiernos conservadores durante los años treinta fue interrumpida por un nuevo Golpe de Estado en 1943. “Las Fuerzas Armadas de la Nación - se lee en la proclama golpista - fieles y celosas guardianas del honor y tradiciones de la Patria, como asimismo del bienestar, los derechos y las libertades del pueblo argentino, han venido observando silenciosa pero muy atentamente las actividades y el desempeño de las superiores de la Nación. Ha sido ingrata y dolorosa la comprobación. Se ha defraudado a los argentinos adoptando como sistema la venalidad, el fraude, el peculado y la corrupción. Se ha llevado al pueblo al escepticismo y a la postración moral, desvinculándolo de la cosa pública, explotándolo en beneficio de siniestros personajes movidos por las más viles pasiones”. El nuevo gobierno militar buscaba “la honradez administrativa, la unión de todos los argentinos, el castigo de los culpables y la restitución al Estado de todos los bienes malhabidos”. Pocos días después del golpe el general Pedro P. Ramírez, designado presidente de facto, declaraba a la prensa que “el ejército ha vuelto por los fueros de la Constitución Nacional, cuyo imperio en todas partes establecerá plenamente, y cuyo respeto impondrá con la máxima energía y severidad. La observancia leal de la propia Constitución es una de las bases del bienestar y grandeza de los pueblos, máxime cuando se trata de un estatuto tan sabio, tan noble, tan amplio y tan cristiano como el nuestro”.



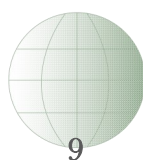
En 1955 se produjo el golpe de Estado que terminó con la segunda presidencia de Perón. La autodenominada “Revolución Libertadora” ordenó llevar adelante una investigación de los actos del gobierno depuesto. Se conformó una Comisión Nacional de Investigaciones cuya labor fue elogiada en un discurso por el almirante Isaac Rojas, líder golpista y vicepresidente de la dictadura. Afirmaba allí que la “Revolución” era la culminación de un clima de resistencia de una parte de la población consciente de que “el pueblo argentino había sido y seguía siendo engañado, apartándolo de su digna y promisoría trayectoria histórica, para ponerlo ignominiosamente al servicio de las desmedidas ambiciones personales de un hombre que no vaciló para ello en recurrir a procedimientos delictuosos e inmorales, hasta llegar a sofocar la opinión del pueblo para imponer su propio capricho, sacrificando los intereses nacionales en su provecho personal”. Rojas agradecía a la Comisión por haber investigado con imparcialidad y honestidad la “malversación de caudales públicos y violación de las normas de la moral, la ética y el derecho por parte de numerosos funcionarios públicos del régimen” y los “latrocinios e impudicias que el país sufriera durante la tiranía”. El informe de la Comisión fue publicado en forma de libro bajo el título *Libro Negro de la Segunda Tiranía*. Entre muchos otros temas los investigadores habían determinado que los legisladores peronistas, carentes de “condiciones para el ejercicio directo de sus mandatos”, habían actuado en el Congreso bajo “el dominio absoluto de un hombre, el llamado “conductor”, que pensaba por todos y decía de qué manera debían todos ejercer sus pensamientos”. En relación al Poder Judicial, los investigadores detallaban que, a partir del pedido de juicio político en 1946 a la mayoría de los miembros de la Corte Suprema, la Justicia había quedado firmemente cooptada por el gobierno. El status de dictadura del gobierno derrocado era indiscutible.

Años más tarde, el 24 de marzo de 1976, se produjo el último golpe de Estado del siglo XX en la Argentina. Seis días más tarde el general Jorge Rafael Videla daba su primer discurso al país como presidente de facto. “El país - decía Videla - transita una de las etapas más difíciles de su historia. Colocado al borde de su disgregación, la intervención de las Fuerzas Armadas ha constituido la única alternativa posible, frente al deterioro provocado por el desgobierno, la corrupción y la complacencia. (...) Debe quedar claro que los hechos acaecidos el 24 de marzo de 1976 no materializan solamente la caída de un gobierno. Significan, por el contrario, el cierre definitivo de un ciclo histórico, y la apertura de uno nuevo cuya característica fundamental estará dada por la ta-



rea de reorganizar la nación, emprendida con real vocación de servicio por las Fuerzas Armadas. (...) Durante muchos años han sido tantas las promesas incumplidas, tantos los fracasos de planes y proyectos, tan honda la frustración nacional, que muchos de nuestros compatriotas han dejado de creer en la palabra de sus gobernantes, llegando a pensar, incluso, que a la función pública no se llega para servir sino para servirse de ella, convencidos de que la justicia ha desaparecido ya del panorama del hombre argentino. Comenzaremos entonces por establecer un orden justo, dentro del cual sea valedero trabajar y sacrificarse; donde los frutos del esfuerzo se transformen en mejores condiciones de vida para todos; en el que encuentren soporte y aliento los ciudadanos honestos y ejemplares, en el que se sancione severamente a quien viole la ley, cualquiera sea su jerarquía, su poder, su pretendida influencia. Así se recuperará la confianza y la fe del Pueblo en quienes lo gobiernan, y así elaboraremos el punto de partida indispensable para enfrentar la grave crisis por la que atraviesa nuestro país". Videla no ahorra palabras para señalar el lamentable estado de la nación. "Nunca fue tan grande el desorden en el funcionamiento del Estado, conducido con ineficiencia en un marco de generalizada corrupción administrativa y de complaciente demagogia (...) Una conducción económica vacilante y poco realista llevó al País hacia la recesión y al comienzo de la desocupación, con su inevitable secuela de angustia y desesperanza, herencia que recibimos y trataremos de paliar". Hacía un llamamiento a toda la sociedad para "reorganizar" el país. "Es una convocatoria para que, aprovechando la madurez que nos dejan las experiencias políticas vividas, seamos capaces de recuperar la esencia del ser nacional, y de imaginar y realizar una organización futura que nos permita el ejercicio de una democracia con real representatividad, sentido federal y concepción republicana".

La narrativa golpista en la Argentina tiene noventa años de historia. Una de las secuencias se identifica sin mucha dificultad: los golpes de Estado son casi un deber patriótico porque las instituciones republicanas están debilitadas o directamente no funcionan gracias a la acción devastadora de gobiernos demagógicos, corruptos, dictatoriales, ineficaces, cuyos líderes engañan y manipulan al pueblo, y que nunca respetan las reglas de la democracia liberal republicana. En todos los casos se monta el mismo escenario: una República debilitada al borde del abismo que hay que salvar. O restaurar, como decía Onganía. Una narrativa que plantea un acto psicopático, se podría decir: para salvar la Constitución hay que violarla.



Con el final de la última dictadura militar en 1983 la sociedad argentina inició un largo y difícil camino para terminar con esta historia trágica. Hubo idas y vueltas. Se llevó a cabo el Juicio a las Juntas, y después el menemismo indultó a los genocidas. En 2003, tras derogar las leyes de punto final y obediencia debida, se volvió a llevar a la Justicia a militares acusados por crímenes de lesa humanidad. A diferencia del siglo XX, hoy en día nadie en la sociedad civil conoce los nombres de los jefes de las Fuerzas Armadas. El hecho de que la tremenda crisis de 2001 se haya resuelto tal como está previsto en la Constitución Nacional fue un logro excepcional, inimaginable en los años sesenta y setenta. Se dejó de hablar de golpe de Estado en la sociedad argentina. Sólo en los libros de historia y en las escuelas.

Pero hace un mes un expresidente volvió a hablar de golpe de Estado. Hace una semana otro expresidente publicó una columna en uno de los diarios más importantes del país en la que dice que el actual gobierno peronista ataca de manera sistemática y permanente la Constitución buscando la suma del poder público, controlar a los ciudadanos e impedirles la posibilidad de manifestarse libremente. En el mismo diario uno de sus columnistas más destacados afirma, en la misma línea, que el país vive un colapso institucional en el que la Justicia está siendo colonizada por el gobierno y la Cámara de Senadores está siendo controlada, a la manera de una “republiqueta africana”, por su presidenta, junto a sus “obedientes” senadores. En una columna de opinión publicada en otro diario importante un exfuncionario ya habla lisa y llanamente de profunda decadencia de nuestro sistema democrático. “El momento es extraordinario - afirma - porque CFK ya no disimula su espíritu dictatorial. Siempre supimos que no tenía pasta de líder democrática y que el rol que mejor le calzaba era el de líder autoritaria (...) Los senadores del PJ son como esos lacayos que tenía Stalin que sólo hacían política para satisfacer a una persona autoritaria cuyos comportamientos deben ser analizados más en el terreno de la psiquiatría que de la política”. Luego de describir un escenario político sombrío, hace un llamado a las fuerzas opositoras y a la población en general para salir a luchar por la libertad. Son muchos los periodistas que trabajan en medios opositores al gobierno que hablan todo el tiempo de ataques a la libertad de expresión, aunque no se sabe de ningún caso de periodista prohibido, preso o asesinado. En suma, desde distintos sectores de la sociedad y de la oposición política se viene manifestando que la República está nuevamente en peligro. Se han convocado manifestaciones de protesta en las que han aparecido carteles que hablan de la necesidad de

salvarla. En una de ellas se montó una horca con alusiones al presidente en ejercicio.



Por fortuna no están dadas las condiciones en la Argentina para que los militares den un golpe de Estado. Seguimos sin saber cuál es el nombre del jefe del Ejército, y está bien que así sea. Con todo, el hecho de que en algunas expresiones públicas se escuchan ecos de la narrativa golpista inaugurada por Uriburu en 1930 no deja de ser algo preocupante.

Alcides Rodriguez



DATA EN LA SELVA OSCURA

por María José Schamun

Podemos imaginar la escena de terror. La Entidad Cristalina ha llegado a la colonia de Omicron Theta, no hay tiempo de huir ni refugio que pueda escurarlos de su hambre. Noonien Soong, sin embargo, se apresura a dejar sobre una piedra el cuerpo inerte de su creación y repite la escena del laboratorio de Ingolstadt como un espejo de signo opuesto. Data sobrevive, justamente, porque no está vivo, nunca lo ha estado.

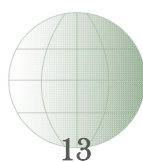
Cuando Mary Shelley escribió su *Moderno Prometeo*, creó en Víctor Frankenstein a un ser alienado y codicioso, que, en sus ansias de poder, se perdió por encontrar el secreto de la chispa divina de la vida. Ciento cincuenta años después, el personaje de Noonien Soong era sólo un nombre para explicar el origen de una criatura que era el resultado de la búsqueda, una vez más, de la chispa de la vida. El protagonista de la historia, sin embargo, ya no era el creador como en la novela de Shelley, sino la creación, quien lejos de preguntarse por su origen y los motivos de su existencia, se embarcaría en la búsqueda

de sus límites.

En 2338, Noonien Soong dejó sobre una roca el cuerpo de Data. En una escena espejada con el despertar del monstruo de Frankenstein, Soong desactivó a su androide para que no muriera y lo dejó expuesto a un ser letal que aniquiló toda la vida orgánica a su alrededor. Guardados en su cerebro positrónico aguardaban los diarios de todos los colonos desaparecidos, volviéndolo un arca de experiencias. Sin embargo, Data nunca tuvo recuerdos, al menos en sentido estricto. El significado del término *recordar está cifrado en sus morfemas: la raíz cord-* (del latín *corda*, corazón), *y los afijos re-* (indica una repetición) *y -ar* (indica una acción). Juntos indican nada más y nada menos que volver a traer al corazón. O sea, volver a sentir, algo que Data no podía hacer.

Pero los recuerdos y las experiencias vitales determinan el ánimo y el carácter de una criatura viviente. Lo sabía Shelley al condenar a su criatura a la iniquidad como resultado del desprecio que sufrió, lo sabía Tyrell cuando decidió darle recuerdos a Rachel para que pudiera manejar sus emociones, y lo sabía Noonien Soong, por eso guarda en Data las memorias de los colonos. Pero tanto el monstruo de Víctor como la replicante de Tyrell tenían sentimientos que daban sentido a esos recuerdos, Data no.

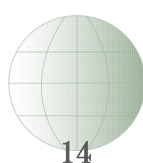
Una de las características centrales de la criatura de Shelley era su profunda sensibilidad y el dolor que le causaba su soledad. Todo hombre podía reconocerse en los lamentos de la criatura que deambulaba por las mudas soledades preguntándose por qué su creador lo había abandonado y por qué lo había hecho un ser tan miserable. En esa tensión entre el deseo y la realidad yacía la profunda humanidad de esa criatura a la que los seres humanos rechazaban. Data, en cambio, jamás pudo sentir esa contradicción. Sus interpretaciones de las reacciones humanas nunca eran del todo satisfactorias porque el componente emocional se demostraba, igual que ciento cincuenta años atrás, inestable y errático. Sus condiciones mentales y físicas eran superiores a las del resto de la tripulación de seres orgánicos pero la premisa de superación (casi como la programación de actualización de software) lo llevaba a cuestionar la superioridad de una criatura sin emociones. ¿Podía realmente superarse a sí mismo un ser que no “sintiera”? El comandante Data no era un ser atormentado que buscaba una respuesta a la eterna pregunta ¿qué soy? Ni siquiera ¿para qué soy? Él sabía que era un androide y que existía porque la vida tiene valor en sí misma. Lo que impulsaba sus acciones era descubrir si eso “todo” lo que podía ser.



En un momento en el que la experiencia vital se orienta a conseguir un grado superior de existencia que se concibe como la ausencia de conflicto o tensiones, y en el que toda experiencia puede ser “capitalizada” para mejorarnos y, de ese modo, convertirnos en seres más valiosos, una criatura que nos obliga a ver en la tensión la clave de la naturaleza humana, debería ser como mínimo incómoda. Y sin embargo, amamos a Data. Para nuestra vergüenza, lo amamos porque lo creemos un ser inferior, porque su máxima aspiración era ser lo que nosotros somos, tener en sus manos los dilemas que nos quitan el sueño. Cuando tuvimos que imaginar una criatura con sus habilidades, pero con emociones, la imaginamos necesariamente maligna, y así obtuvimos a Lore y al Data que estuvo tentado de traicionarnos para consumir su humanidad (incluso si fue sólo por 0,68 segundos).

La búsqueda que Data emprendió nos propuso incógnitas complejas respecto de lo que creíamos de nosotros. Nunca dudamos de que él fuera una máquina y él nunca lo cuestionó, pero cuando llegó Soji a nuestras vidas, tuvimos miedo porque ella ya no era una máquina, pero tampoco era humana (¿O sí?). No, claro que no somos del Tal Shiar y, por eso, nuestro pecho latió con fuerza cuando William Riker llegó con la caballería al rescate. Porque los seres humanos, a diferencia de las máquinas, no estamos programados para comportarnos de determinado modo, somos libres de actuar “mal” pero, sobre todo, tenemos motivos para hacerlo y es ahí donde anida nuestro heroísmo: somos completamente responsables de nuestras decisiones y si bien nuestro pasado nos marca, no nos determina. En la compleja red de motivos de la lógica y las emociones, Data pudo elegir quedarse con la reina Borg y, desde el momento en que pudo tomar la decisión, sin importar cuál fuera, ya era uno de nosotros. ¿Era un ser humano? No, Data nunca fue humano pero logró su cometido, excedió los límites de su programación y se volvió “un niño de verdad”.

María José Schamun



FANTASMAS QUE DESAPARECEN EN EL AIRE.

Kike Ferrari

“Also, oh yes, people were disappearing. You may not have know what was happening, but that something was happening was no plausibly deniable”

China Miéville

Angela – apuntes

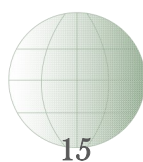
Alguien me contó en una fiesta que alguien le contó que la abuela de alguien más –una vieja que nació, vivió y murió en alguna de las ciudades grandes del interior, una ciudad cuyo nombre en alguna de las versiones del relato se había perdido– contaba que su marido, el abuelo, que era ferroviario, los había dejado cuando empezaron a desaparecer personas.

¿Cómo desaparecer personas?, pregunté.

Así como escuchás, dijo alguien que había dicho alguien que había escuchado la nieta o el nieto decir a su abuela, como fantasmas que desaparecen en el aire.

La historia de las desapariciones es la historia de nuestro país, pensé. Y recordé a Faulkner: cuando uno encuentra una historia hay que llevársela a la sangre y no dejar que nada se interponga hasta contarla.

Claro que yo todavía no tenía una historia. Tenía apenas la punta de un ovillo que podía llevarme a esa historia, la intuición de que esa historia que persigo, ciega, desde que empecé en este oficio, estaba cerca. No tenía la historia. Pero me llevé esa intuición a la sangre.



Y pasé las últimas semanas recorriendo hemerotecas, leyendo diarios viejos. Revisando recortes. Buscando algo que le diera sustento a mi intuición. Y así hasta ayer, que encontré una pista posible. Una punta de la que tirar. Una materialidad que me acerca a la historia. Sigo sin tenerla, pero tengo algo.

Tengo la página amarillenta y quebradiza de un diario: El Herald, 4 de octubre de 1949.

Y un titular: *Tren abandonado en San Gerónimo.*

Gringo

¿Me invitas una ginebra, canario?, me preguntó el Marcial.

Así me decía. Canario. Ahora todos me dicen Gringo. Yo era pibe, más joven que vos. ¿Cuántos años tenés vos? Ah, parecés más chica. Yo tendría veinte años. O menos. Y me moría por ser uno de ellos. Un habitué, uno de los que invitan y se dejan invitar ginebras. Y acababa de cobrar mi primera quincena en el aserradero.

Así que dije claro. Y pedí dos.

El viejo Abel nos acercó los vasos y sirvió las medidas con yapa. A mí no me entraba el orgullo en el pecho. La yapa era sólo para los amigos, ¿entendés, piba? Después el Marcial sacó un cigarrillo. Fumaba unos negros que venían en cajas de cincuenta, unas cajas marrón clarito, no me acuerdo la marca, que largaban un humo que mataba los mosquitos. Yo iba a sacar uno de mis Camel, pero antes de que lo hiciera, me ofreció uno.

¿Gustás, canario?

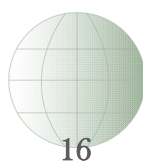
El sabor del tabaco era más áspero que su aroma pero yo me esforcé por no toser. Estoy casi seguro de que ellos se dieron cuenta porque los vi intercambiar una sonrisa de aprobación.

Terminé la ginebra y, sin preguntar, el viejo Abel me sirvió otra. Después se dio vuelta y prendió la tele, una Hitachi blanco y negro que estaba en aquel rincón, ¿ves?

¿Marcial?, consulté a su vaso vacío.

Gracias, canario, aceptó. El viejo Abel volvió con la botella de Bols, después de poner el noticiero del 13, y la dejó ahí, sobre el mostrador, como un invitado más a la charla.

No cualquier charla, eh, una de esas conversaciones únicas que hay en los bares de las estaciones de tren. Un bar ferroviario, piba, es un organismo vivo. No sé si lo



puedas entender. Es una cosa de hombres y de otra época. De hombres de otra época. En un bar ferroviario cada persona que pasa, que llega o se va, agrega un fragmento a lo que se está contando, una nueva voz que completa o contradice o desmiente la historia hasta que ya no queda historia sino ese murmullo de las voces que entran y salen, el sonido de los vasos sobre la barra de madera, el olor de los cigarrillos de cajas de cincuenta, el murmullo de la tele en el rincón. Esas conversaciones, entonces, son como la sombra de los hechos que se cuentan, las cenizas del fuego de un asado de ayer. Como el humo que se disipa sin dejar rastros. Y algo de eso había en lo que me contaron y sobre lo que vos venís ahora a remover.

Ángela - apuntes

En San Gerónimo, en este pueblito fantasma que llaman San Gerónimo y en el que lo único que sobra es el polvo, hice preguntas. Busqué en el archivo del único diario local que tiene archivo. Consulté en la municipalidad, en la comisaría, en la sociedad de fomento. Si alguien sabe algo de eso, me dijeron, seguro es el Gringo. En el bar de la estación vieja. Fijese, parece una casa abandonada pero el Gringo siempre está ahí. Si alguien sabe es él, repitieron, en ese bar hablan las voces de los muertos.

Gringo

¿Supo algo de don Isaías?, preguntó el Marcial.

El viejo Abel, el trapo en el hombro sobre la camisa gris, gastada pero siempre impecable, dijo que no. Que se esfumó. Nadie sabe qué, dijo alguien. A la pensión, agregó otro, no volvió ni nada. Ahí quedaron sus pocas pertenencias, dijo alguien más. Dijo: desapareció.

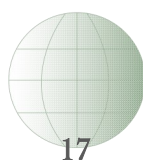
La palabra quedó rebotando en el aire. Por esos días nadie decía esa palabra así nomás. Desapareció. Pero eso es lo que había pasado con don Isaías. Había desaparecido.

Era de esperar, sentenció el Viejo Abel. Y todos, menos yo, asintieron. Habrá que esperar unos días pero, dijo.

¿Vos sabés la historia de don Isaías, canario?, me preguntó el Marcial.

Dos ginebras más, por favor, le dije al viejo Abel antes de contestar no, no sé.

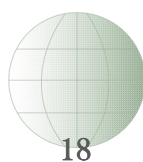
Entonces, a medida que se sumaban las rondas de ginebras a cuenta de mi primera quincena en el aserradero, el Marcial, pero también ese coro fantasmagórico del bar,



me contó la historia de Don Isaías, que es lo que yo trato de contarte ahora. Ahora que acá ya hace años que no pasa el tren –ramal que para, dijo Carlo, ramal que cierra, y cumplió– y que, claro, también el aserradero cerró y la fábrica y que todos los que me contaron la historia ya están muertos. Y esto ya no es más un bar de estación, si a duras penas podemos decir que es un bar. Lo que queda, ahora, es esta historia de fantasmas y desapariciones que me contaron hace, no sé, cuarenta años atrás el Marcial y el viejo Abel y todos los otros.

Lo que contó el bar

Sería el año 48 o 49. El 50, creo yo, porque ya había sido muerto el intendente Montes. Naaaa, si Montes murió en el 49. Bueno, mitad de siglo. Es lo mismo. Imaginate, canario. No había tele. Pura radio nomás. Sí, nos la pasábamos escuchando el Glos-tora. Y Poncho Negro. ¡Pero qué pude saber el pibe qué es Poncho Negro, viejo choto! A ver si me dejan que cuente. El tren pasaba martes y jueves desde el Rosario y miércoles y viernes desde San Salvador. Ese día, debía ser un martes, creo yo, de septiembre. Más como octubre. Septiembre. Bueno, un martes de primavera. El tren paró y no volvió a arrancar, ¿entendés, canario? Eso no pasaba nunca. El tren paraba diez, quince minutos. Carga. Descarga. Provisiones para acá. El correo. Materiales para la fábrica. Alguna máquina. Carga. Descarga. Y seguía. Todos conocíamos a Isaías, que todavía no era don Isaías, sino apenas el motorman del tren que pasaba por el pueblo. A veces se acercaba hasta acá y tomaba una ginebra, una caña, un vermucito antes de seguir. Hay quienes dicen que lo vieron coquetear con la Laura, la hija de Cipriano. Pero nada que ver. No sé, se dice. Treinta años pasó después en el pueblo. ¡Pero después de lo del tren estaba tocate un vals, amigo! Bueno, lo cierto es que ese martes de principios de la primavera del 48 o el 49 o el 50 el tren no arrancó. Pasaron veinte minutos. Media hora. Tres cuartos. Hora y pico. En la estación empezaron a inquietarse. Nadie entendía qué pasaba. Cuentan que lo buscaron y no podían encontrarlo. Todavía me pregunto cómo a nadie se le ocurrió buscar en el baño de la estación. Claro que el nunca iba a ese baño. O se quedaba en el tren o venía para acá. Y eso hizo. A las dos horas, cuando salió del baño, pálido, con los ojos llenos de lágrimas y oliendo a vómito, vino acá. Dicen que dejó familia atrás. Y pidió una ginebra. O una caña. Fernet con soda. Un Piner-al. Algo de eso, pidió. Mujer y dos hijos. ¿Y el tren?, le preguntó alguno de nosotros, ¿no tenés que seguir? Una nena y un nene. Llamen a la empresa, dijo, que manden un



reemplazo. Una madre viuda, también. No vuelvo más, dijo. Hay quienes dicen que los hijos eran tres pero uno, el más chiquito, fue de los primeros. Por qué, preguntamos, qué pasa. En la Ciudad está desapareciendo la gente. Desapareciendo, dijo, como la Pantera Rosa el otro día en la tele, ¿lo viste? Un periodista, creo que fue José Ignacio López, de Noticias, lo apuró con lo del Papa y él le contestó: son una incógnita, no tienen entidad, no están ni vivos ni muertos, están desaparecidos. Bueno, muchos años antes pero así, desapareciendo, dijo también aquella vez Isaías. Y repitió: no vuelvo más. Se tomó la caña y se puso a sollozar. Pidió otra caña. Y ayuda. Y empezó a balbucear la historia que siguió repitiendo por años, hasta que el alcohol lo fue callando. Y la locura. Bueno, hasta que el alcohol y la locura lo enmudecieron.

Isaías

Yo sé que no tiene sentido. Me tienen que creer. Y ayudarme. Así es como fue. Como es. Y no sé cuánto vaya a durar. Lo que sé es que no pienso volver. Nadie puede saber lo que me costó tomar esta decisión. Que piensen que lo que quieran. Me subía al tren y cada parada era un llamado a quedarme, a huir. Que piensen lo que quieran: que los abandoné, que estoy muerto. No me importa. ¿Saben lo que es volver a una celda por propia voluntad dos veces por semana? Allá quedaron los que no pueden salir. Y no hay cómo rescatarlos, créanme. El de la 728 lo intentó con el hermano y así le fue. No puedo cargar con eso, no es mi culpa. Las cosas son como son. Les cuento a ustedes para que entiendan. Y para que me escondan.

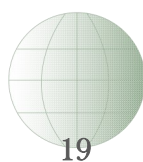
Déjenme hablar. Me tienen que creer, aunque parezca imposible. Las cosas son así como les digo. Se los juro. Por ésta.

Primeros fueron los nenes. Montones. En la plaza y las calles. Quedaron pelotas rebotando en el empedrado y barriletes flotando sobre nuestras cabezas. ¿Saben lo que es ver a tu hijo corriendo o encorvado sobre una lecherita y de pronto, puf, así como les digo, una sombra negra, les juro, un viento oscuro que pasa y después, nada? Cada uno ve en esa sombra una forma distinta –un demonio, una luz, un lobo, un remolino– pero a su paso sólo queda el vacío.

¡Martín! ¡Martín!, gritan las madres, ¿dónde estás?

Martín no está más. Martín desapareció.

La noche también se transformó en territorio de las sombras. Porque en donde salís a cualquier lado que no es al laburo, puf. Entonces los cabareteros, los borrachines,



los jugadores, puf, fueron desapareciendo uno tras otro. Y los demás entendimos que algo terrible pasaba aunque no supiéramos bien qué. Los primeros días fueron de terror y encierro.

Nadie iba a ningún lado.

A ningún lado. Nadie. Les juro.

Pero a los días empezaron a escasear los alimentos y hubo que enfrentar el miedo. Enfrentar el miedo y salir.

De a poco nos fuimos animando. Sólo al trabajo. Yo volví al tren. Los chicos a la escuela. Mi mujer a hacer las compras. Y ahí –en la puerta del colegio, en la cola de la carnicería o el mercado, en la calle– empezaron los rumores, todas esas versiones que no hacían más que acrecentar el terror.

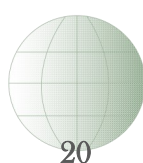
Lo que contó la calle

Me dijeron que tu hija. Sí, la más grande, salió corriendo al perro y. Cuanto lo siento. Y yo. Todas. Lo peor es que no pude ni ver a lo que se la llevó. Nadie pudo, creo. Yo tampoco llegué, cuando desapareció mi hermano, pero dice mi cuñada que era como un remolino de demonios. Nada fue así, yo lo vi, el Raúl salió a la vereda a fumar un pucho y hubo un estallido de luz, sin sonido, y se abrió como una boca en el aire que se lo tragó. ¡No me digas, qué horror! Martincito desapareció en la plaza, pero fue distinto. Mi mamá también los vio y dice que es un viento que levanta la tierra. Contá, contá de Martincito. Fue horrible. Todo es horrible. Yo no lo vi sola, también lo vio mi esposo. ¿Cómo era? Ya les dije que dijo mi cuñada que es como una patota de demonios. Una luz y una boca. Un humo negro. No sé, no sé, yo vi una cosa, como un camión que pasaba a toda velocidad, y mi marido otra, dice que un lobo de pelo pringoso y bordó como sangre seca. Demonios. Una boca. Un camión. Un lobo. Lo cierto es que se los llevan y nadie sabe a dónde van.

Isaías

Ahí empezamos a entender. Muchos oficios desaparecieron por falta de clientes. Y no había cómo encontrar un trabajo nuevo.

Lo bueno es que, pese a que fuera una celda de jaula de rejas de oro, los ricos quedaron presos en sus casas, ¿dónde podrían ir los que nunca habían trabajado? Porque aquello no acepta distracciones. Nada de ir al club, ni a jugar a las barajas, ni a la



casa de la tía Eduardina.

Nada.

En cuanto alguno se desviaba, puf, las sombras oscuras y el vacío. Hasta la radio puso en rotación la advertencia: no salgan más que para cumplir con sus tareas. Los diarios en cambio no dijeron nada. Claro, la palabra escrita no desaparece así como así.

Gringo

Para mí, a los veinte años, don Isaías era casi una parte del mobiliario, como el mostrador, como las sillas, ¿entendés, piba? Sentado allá, en su mesa, la del fondo, junto a los baños. Doblado sobre el vaso de caña, en silencio. Desde que el bar abría, hasta que cerraba. El viejo loco del pueblo, mantenido un poco por todos. Mi vieja siempre me mandaba algo que nos hubiera quedado del almuerzo. Entre todos le pagaban las bebidas. Él se dejaba invitar, alzaba la copa y sonreía con su boca desdentada en señal de agradecimiento.

Entonces la historia esa que me contaron, de un Isaías anterior –que hablaba sin parar como una radio descompuesta–, la historia que me contó el bar esa tarde era, como las rondas de ginebra, como el tabaco negro, una forma de abrirme las puertas del mundo de ellos. Quería decir algo. Algo que cambiaba para mí a partir de esa tarde.

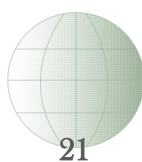
Me pregunto –ahora que ya no tengo veinte años, ni tampoco cuarenta ni cincuenta, ahora que al pueblo hace mucho que no llega el tren y el bar es esto que ves– qué querrá decir que hoy, tantos años después, vos vengas a preguntar. Qué irá a cambiar ahora, me pregunto.

Isaías

No sé cómo explicarles, es como una prisión en la que sos tu propio guardián. Y tu verdugo. Un estado de sitio de Dios sin Dios. Porque Dios explica. Dios nos dio las escrituras para que sepamos qué hacer y qué no. Después uno elige qué camino tomar. El recto o el del pecado. Pero Dios, su Hijo y los apóstoles nos dieron una guía.

Esto, no.

Este viento oscuro que nadie sabe bien qué es ni qué forma tiene, no explica nada. No hay advertencia. Sólo hechos. Tuvimos que descifrarlo sin ayuda, solos, mientras veíamos a los nuestros desaparecer, puf, evaporarse como un mal sueño a la llegada del



alba. No quisieron aceptarlo los fanáticos religiosos y así les fue. Salieron a predicar, creían que era el poder de Dios. Pero, no, no, no, no. No es eso. Lo supimos. Es algo más grande y más terrible. Los predicadores, los curas, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo no pudieron salvarnos. Puf, desaparecieron con sus palabras y sus Biblias y con ellos nuestra anteúltima esperanza. Para que todos supiéramos.

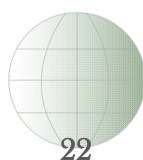
Y lo más jodido es que nos pasaba sólo allá. Estábamos solos y sitiados en un mundo incomprensible y hostil. Lo supe muy pronto, cuando volví al tren. Fuera de la Ciudad, nada. Lo supimos todos los que salíamos. En el hall de la terminal del Retiro nos juntábamos todos –los chóferes de los micros, los motormen, los acompañantes, los de depósito– a contarnos historias de afuera. En ese momento éramos libres.

Lo que contó el hall

En todos los pueblos en los que paré la vida sigue igual. Nadie sabe de nosotros. ¿En todos? En la costa, sí. Yo estuve en Colonia y la gente puede ir al almacén y a los bailes. En todos lados. Piensan que exagero cuando les digo. En Andes estuve en un cabaret. La gente reía y bebía como si nada. Nadie oyó hablar. En Cruz Rota vi un partido de fútbol y las tribunas estaban llenas. Intenté contar pero nadie me creyó. Ganó Laffayette dos a cero. En el San Salvador también, eh, yo estuve. Y en el Rosario. Pensé en quedarme allá, pero cómo hago con la doña. Igual este castigo no puede durar. Hay que aguantar un poco. No sé, llevamos meses y la condena sigue. Mis hijos están aburridos, todo el día metidos en casa. El próximo viaje les digo que me acompañen. ¿Sos loco?, van a desaparecer. Pero si me están acompañando a mí. No, no, no funciona así. Dejate de joder, nadie sabe cómo funciona. Somos Gomorra y nadie sabe. El próximo tren es el mío. Qué suerte, yo salgo a las cuatro recién. Por fin, salir de acá. Sí, esta noche estás tomando una cerveza en cualquier lado. Ni me lo digas, no puedo esperar.

Ángela – apuntes

La historia es, como lo fue desde el comienzo, el relato del relato de un relato. No encuentro más que estos rumores en un pueblo perdido. Nada que la confirme. Nada que la niegue. Como si, autofagocitante, la historia de las personas que desaparecían en una ciudad innominada hubiera desaparecido también y apenas quedara su sombra, el viento oscuro de una anécdota escuchada en una fiesta, del titular de un diario de páginas amarillentas y quebradizas, del confuso murmullo de lo que el Gringo me



cuenta que hace mucho le refirieron en este bar los que años atrás oyeron el pedido de auxilio y los repetitivos balbuceos de un motorman enloquecido y alcohólico hasta el día en que, él también, desapareció.

Isaías

No se pueden imaginar lo que es una condena que no se anuncia. ¿Dónde van los que se desmaterializaron frente a nuestros ojos? ¿Cuándo va a terminar lo que nadie sabe cómo empezó? ¿Dónde fue Martín? ¿Dónde, por Dios, dónde lo llevaron? ¿Y quiénes?

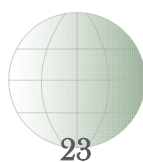
El primero que se escapó fue hace un par de semanas. Un chofer del 728 se quedó en el final de su recorrido, del otro lado del puerto, en las afueras de la Ciudad, como yo hoy acá, y no le pasó nada. Llamó por teléfono a la casa de un vecino de su hermano. Pensó que el bondi era un salvoconducto. Que se lo tomara, le mandó a decir, que lo esperaba allá. Pero en cuanto el hermano lo intentó, puf. El humo negro, sea lo que sea, lo dejó llegar a la parada, lo dejó esperar el próximo 728, lo dejó levantar el brazo para pararlo pero cuando se agarró del estribo para subir lo envolvió y no hubo más. El chofer que manejaba ese 728 tampoco volvió. Se quedó del otro lado del río. Nos enteramos por la radio. Ni se te ocurra, me dijo mi mujer, cuando escuchamos la noticia en la Spica.

El Herald, 4 de octubre de 1949

... en un comunicado las autoridades de la empresa Ferrocarril Nacional General Paz anunciaron ayer que, en un hecho que está siendo investigado, una formación de esa línea férrea fue abandonada en la estación de San Gerónimo, Provincia de Santa Ana, sin que se conozca, hasta el momento las razones del abandono. El conductor, del que no trascendió la identidad, sería oriundo de una ciudad en la que (ver nota en pag. 23) se viene denunciando una pronunciada merma en la población desde ...

Isaías

Y la última esperanza tampoco funcionó. Nada. Yo lo vi con mis propios ojos. Fue frente a casa. Para que todos supiéramos. Un muchacho escribió con una brocha gruesa: DE CASA AL TRABAJO Y DEL TR. Puf. Quedó así, incompleta. Para que todos supiéramos. DEL TR. Para que todos nos convenciéramos de una buena vez de que así co-



mo Dios no podía salvarnos, tampoco podía el General. Creo que esa pintada me terminó de decidir –aunque no lo supe en ese momento, aunque lo haya entendido recién esta tarde mientras vomitaba en el baño de la estación– si él no puede salvarnos, ¿quién lo va a hacer?

No saben lo que es. No hay mapas con los que guiarse. La cabeza construye una carretera entre la nada y ninguna parte. Ninguno de ustedes puede saber lo que es vivir eso. No saben. Yo sí. Les juro por esta. Se los cuento para que entiendan. Es como les digo. Me tienen que creer. Puf. Y adiós. No estás más. ¿Qué podía hacer? Salí y volví muchas veces. Todo sigue igual. No podía traerlos y la Ciudad está condenada.

Gringo

Unos días después, cuando estuvieron seguros de que don Isaías ya era parte del pasado del pueblo, el viejo Abel lo mandó al Marcial a levantar las pocas cosas que había dejado en su habitación y yo lo acompañé. No había mucho. Botellas vacías, unas alpargatas, dos camisetas, dos camisas, algo de ropa interior, una campera azul. Entre sus papeles el carnet del ferrocarril, la libreta cívica y una foto familiar. Sobre la mesa de luz, un vaso y una radio Spica.

Quedatela, canario, me dijo el Marcial.

Yo me la llevé a casa y traté de sintonizar las noticias. Pero aunque recorriera el dial con mucho cuidado sólo encontraba interferencias, fragmentos de señales que se perdían en estática, ruido. Unos días después la tiré. Y no volví a pensar en eso.

Kike Ferrari

SOBRE DOBLE PAR DE AGRIMBAU-GINEVRA Y SANTULLLO-GRECO

Grisel Pires dos Barros



Doble Par es por lo menos tres cosas: una mano de poker; una competencia de remo donde en cada bote reman dos; y una historieta hecha por dos duplas de autores en plena cuarentena, a manera de juego, donde cada entrega es un round y cada round lo reman dos autores: Diego Agrimbau y Dante Ginevra reman los rounds impares, mientras que Rodolfo Santullo y Diego Greco se encargan de los pares.

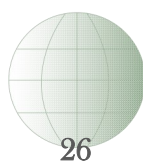
La cosa empezó así. Santullo (escritor de guiones, novelas y cuentos, con domicilio en Montevideo) dice que apenas empezó la cuarentena cayó en la cuenta de que este año no iba a poder viajar a Argentina; ni mucho ni poco, sino nada, y ahí nomás empezó a extrañar. Charlando con [Diego Agrimbau](#) (guionista y docente de talleres de historieta, con domicilio en Buenos Aires) sobre la escritura y la productividad y los impactos de la cuarentena en ellas, idearon un juego. Para jugarlo, llamaron a [Dante Ginevra](#)

(dibujante, historietista, animador, con domicilio en Buenos Aires). Los tres se conocían desde [Historietas Reales](#), el blog que, en el desierto de revistas donde publicar que dejaron los años 90, fue refugio y punto de despliegue de la historieta argentina gracias a la publicación de historias en entregas semanales. Allí aparecieron [El Asco](#), de Agrimbau y Ginevra, y [Cena con amigos](#), de Santullo y Marcos Vergara, folletines web que se convirtieron después en libros y se fueron acompañando de muchos otros libros producidos por sus autores. Agrimbau y Ginevra se conocían en realidad de antes; ya desde el colegio Fernando Fader donde empezaron a confabular historietas. Por las características del juego que se preparaban a jugar, necesitaban sumar otro dibujante, y además necesitaban que los estilos de ambos dibujantes fueran “compatibles”, de modo que los personajes de round en round no alternaran entre Jekylls y Hydes, o Hulks y Bruce Banners, o... bueno, se entiende. Y ahí pensaron en [Diego Greco](#) (dibujante de historietas e ilustraciones, con domicilio en Banfield), le preguntaron y dijo que sí.

El juego tiene un tablero: la zona en torno a la plaza Güemes, en el barrio porteño de Palermo. La historia se desarrolla en cuarentena. Cada round consta de cuatro páginas, y la sal del asunto está en que cada dupla le pase a la siguiente un buen desafío, un problema entretenido de resolver, que para quienes leemos entrega a entrega funciona como doble gancho: en el plano de la historia misma (¿qué pasará ahora?) y en el juego entre autores (¿qué van a hacer los otros con la bomba que les dejaron?). El cambio entre rounds propone en principio también un cambio entre dos puntos de vista (que se presentan en los primeros dos rounds), aunque la propia dinámica de los desafíos irá abriendo a otras perspectivas a medida que el relato avance. Para subrayar la idea de la alternancia de duplas entre rounds, verán que cambia también el color en que se desarrolla la historia, pero una vez que la mirada se acostumbre, a partir del 8º round, los colores irán funcionando de otro modo. La partida inició en abril, y todavía está en desarrollo.

Escritores del Mundo invita aquí a sus lectorxs a degustar los primeros dos rounds, y no sólo eso: ya hay un total de diez disponibles en el sitio de [Doble Par](#), a los que se sumarán futuras entregas.

Quienes acepten seguramente tendrán una experiencia de lectura diferente a la de quienes fuimos leyendo las páginas a medida que se publicaban, al menos en este pri-

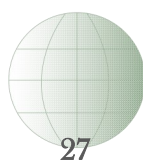


mer tramo de la historia. No solamente por las características propias de un folletín y la diferencia entre leerlo con dilaciones entre episodios o todo acumulado, cual maratón de Netflix, sino también por la particular experiencia del tiempo en cuarentena, que se va construyendo como hecho histórico con la sensación de una lenta espera mientras un desarrollo velocísimo de los acontecimientos borrona ya las primeras percepciones encimándoles sucesivas nuevas capas de sentido. Quiero decir: los “mierda, mierda, mierda” no resuenan hoy del mismo modo que en el silencio atronador del arranque de la cuarentena. Ni hablar de los sentidos asociados a la policía en abril, cuando aparecieron los videítos de gendarmes “bailando” pibes. Tampoco es lo mismo leer las primeras entregas de esta historia cuando todavía no estaba la indicación de uso de tapabocas, o ahora que hasta los últimos chistes de barbijos fuera de lugar van envejeciendo. Tapabocas. Desinfección. Geriátricos. Pangolines. Terapia por videollamada. ¡Vida salvaje volviendo a las ciudades! *Doble Par entró a jugar y a reírse de todo ni bien empezó la cosa. Vean, si no, el modo en que abordan la muerte en el primer round. Apenas se cerraron las puertas, Doble Par sacó la ficción a pasear. Con los autores plenamente localizados en cada rincón de sus respectivos domicilios, puso a la escritura en juego en la red, y a la ficción, en la calle. Cada entrega era un airecito. Y todavía falta.*

Ante la pregunta por el final, tan presente en estos días, los autores responden que andarán más o menos por la mitad de la historia. Después del juego inicial en el que fueron subiendo la apuesta sideralmente (me dejás un gato gigante al final de tu episodio, te devuelvo una manifestación de furries), los guionistas ordenaron los elementos en juego y calculan que restará otro tanto por contar. Los tiempos de publicación también fueron variando; hubo meses de 16 páginas y otros de 4, pero la historia no se detiene. Agrimbau, Santullo, Ginevra y Greco cuentan que ellos mismos reciben con ansiedad el trabajo de cada uno de los otros: los nuevos guiones, las páginas recién dibujadas. Y no sólo eso: tienen también curiosidad por lo que estará pasando entre lxs lectorxs que les siguen el juego.

Un buen lugar donde esa curiosidad se encuentre con las impresiones de quienes pasen y lean es el espacio para comentarios que queda aquí al pie.

Grisel Pires dos Barros



Adelanto

DOBLE PAR de Agrimbau-Ginevra y Santullo-Greco

















NOVELA ANOTADA: LA VOLUNTAD Y LA FORTUNA (2008) DE CARLOS FUENTES, Y UN SUBRAYADO DE THOMAS PIKETTY

Miguel Vitagliano



La voluntad y la fortuna (2008) pertenece a la serie de novelas de Carlos Fuentes (1928-2012) que reflexionan sobre la historia de la sociedad mexicana y el poder. Monsiváis solía decir que Fuentes había sumado su literatura a la gran tradición de los muralistas de México.

Como en otras novelas de la serie, en *La voluntad y la fortuna* también nos encontramos con una perspectiva narrativa extrañada, esta vez es una cabeza, una cabeza cortada y lanzada al mar que regresa a la costa: “Soy la cabeza cortada número mil en lo que va del año en México. Soy uno de los cincuenta decapitados de la semana, el séptimo del día de hoy y el único durante las últimas tres horas y cuarto.” Es la contundencia del trazo grueso del muralista que no deja dudas a la mirada en un primer vistazo, un contrapunto al regodeo del detalle minúsculo

del interior burgués, como en Balzac, en la que la falta del punto en una i en la firma de una carta era la artera señal para que el destinatario considere al revés todo lo escrito hasta entonces. Thomas Piketty destacó, sin embargo, un aspecto en común, y bien potente, entre la novela de Fuentes y Balzac.

En una de sus columnas en *Libération*, a fines de 2014, el autor de *El Capital* en el siglo XXI (2013) sostuvo que así como Karl Marx afirmaba “que con Balzac había aprendido más que con nadie acerca del capitalismo y el poder del dinero” podía decirse algo similar en el presente con *La voluntad y la fortuna*: “un retrato del desarrollo del capitalismo mexicano y de la violencia social y económica que surca a su país, poco antes de convertirse en la ‘narconación’ que en la actualidad figura en todas las primeras planas de los diarios.” No hacía hincapié en los avatares de la cabeza cortada, mencionaba a otros personajes, entre ellos a dos que llevaban sus cabezas plantadas en el cuerpo. Uno era el presidente, un tal Pedro Valentín Carrera, y el otro un multimillonario, Max Monroy, que Piketty asoció con el magnate mexicano Carlos Slim, dueño de distintas compañías de telecomunicaciones y empresas líderes de telefonía celular a lo largo del continente.

Lo que sigue es parte de un diálogo entre el presidente y el magnate, en presencia de otros personajes de la novela, entre ellos Nadal, cuando aún tenía la cabeza sujeta al cuerpo:

“-Con tus celebraciones quieres que sigamos en la edad del buey porque nos tratas como bueyes, Pedro Valentín. Crees que con ferias de pueblo vas a aplazar el descontento y peor aún, nos vas a traer felicidad. ¿Lo crees de veras? ¿Verdad de Dios?

La mirada frigorífica de Max Monroy pasó como un rayo de Carrera a Jericó. Éste trató de mantenerle la mirada al magnate. Enseguida la bajó. ¿Cómo se mira a un tigre que a su vez nos está mirando?

-Todos somos responsables del malestar social –aventuró Carrera-. Pero nuestras soluciones se oponen. ¡Cuál es la suya, Monroy?

-Muy lírico –sonrió el presidente, apoyando el cuerpo contra el filo de mesa casi como un desafío.

-Si no lo entiendes serás no sólo tonto, sino perverso. Porque tu solución, divertir es gobernar, sólo aplaza el bienestar y perpetúa la pobreza. La maldición de México ha sido que con diez, con veinte, con setenta o con cien millones de habitantes, la mitad vive siempre en la pobreza.

-Qué quieres, somos conejos –insistió Carrera en su ironía, como si a golpes de sarcasmo pudiese detener a Max Monroy-. Distribuye condones, pues’n.

-No, presidente. Dejamos de ser agrarios hace apenas medio siglo. Fuimos industriales perdiendo el tiempo como si pudiésemos competir con Estados Unidos o Europa o Japón. Nos quedamos atrás en la revolución tecnológi-

ca y si estoy aquí hablándote fuerte es porque no quiero, al final de mi vida, que también a este banquete lleguemos tarde, a la hora del postre, o nunca...

Suspiró con cinismo el presente. –A aburrir se ha dicho... ¡La gente quiere distracción, mi querido Max!

–No –respondió con energía Monroy-. A informar se ha dicho. Tú has escogido la verbena nacional, el jaripeo, los gallos, los mariachis, el papel picado, los globos y los puestos de fritangas para divertir y adormecer. Yo he escogido la información para liberar. Es lo que vengo a decirte. Mi propósito es que cada ciudadano de México cuente con un aparatito, sólo con un aparato del tamaño de una mano que lo eduque, lo oriente, lo comunique con los demás ciudadanos, le ayude a conocer los problemas y a resolverlos por fin. Cómo se siembra mejor. Cómo se cosecha. Qué útiles se requieren. Con qué compañeros se cuenta. Con cuántos créditos. Dónde se consigue. Cuáles son las plazas. Campesino. Indígenas. Obreros y empleados, oficinistas, burócratas, técnicos, profesionistas, administradores, profesores, alumnos, periodistas, quiero que todos se comuniquen entre sí, señor presidente, quiero que cada uno sepa cuáles son sus intereses y cómo coinciden con los intereses de los demás, cómo actuar a partir de esos intereses propios y de la sociedad y no quedarse para siempre varados en la fiesta ridícula que usted les ofrece, el eterno jarabe de pico tapatío.

Creo que Monroy tomó aire. Lo tomé yo, desde luego.

–He venido aquí a advertírselo. Por eso vine en persona. No quiero que te enteres de lo que hago por terceras personas, por los periódicos, por el chisme mal intencionado. Estoy aquí para darte la cara, presidente. Para que no te engañes. Vamos a defender no sólo intereses opuestos sino prácticas antagónicas. A ver con quiénes cuentas: yo ya tengo los míos. Voy a ver que un número cada vez mayor de mexicanos tenga a mano ese aparatito que lo defiende y lo comunique para actuar con libertad y en beneficio propio y no de una élite política.”

Sometimiento o guerra contra el presidente Valentín Pedro Correa. Mejor dicho: la guerra es de Max Monroy contra la legitimidad de la representación popular que es la que debería decidir si Correa continúa o no como mandatario. Y el sometimiento, desde luego, es anticipar la misma derrota. *La voluntad y la fortuna* fue publicada en un momento en que aún había distintos gobiernos en América Latina enfocados en contener los avances de los Max Monroy que hoy no dejan de conquistar batallas. Y Piketty escribió su columna, como él mismo destacaba, en el momento en que Dilma Rousseff era reelegida como presidenta, lo que daba esperanzas, decía, de que “el progreso social y democrático todavía sea posible” en la región.

La voluntad y la fortuna supo deletrear nuestro presente cuando apenas asomaba. Entendió el modo en el que decide hablar el capital. Porque ya no habla de dinero, como en Balzac y otros novelistas del XIX, juega con otra moneda, invierte en aquello que todos nombran igual y que significa algo distinto para cada uno, la libertad. Solo de esa manera el presidente de Brasil, Jair Bolsonaro, pudo declarar en plena pandemia: “La libertad es más importante que la propia vida.” Y que las pancartas de las protestas contra el confinamiento en Argentina redunden los disparates de una marcha convocada con el lema “Banderazo por la libertad”: “No a la vacuna, consentimiento informado”, “El virus es el marxismo”, “Quiero elegir”, “Libertad para trabajar”, “El miedo es enemigo de la libertad”, “Contra la dictadura de la ciencia”. La libertad como un absoluto que niega todas y cada una de las partes que componen la realidad, incluso la vida misma. A esa idea de libertad apuesta Max Monroy al exigir un “aparatito” telefónico para cada ciudadano. “Yo he escogido la información para liberar”, dice. Que se comuniquen y compartan sus intereses, que sean libres de elegir lo que él ya eligió por ellos. En ningún momento arguye que eso cambiará la distribución de la riqueza, deja en manos del “aparatito” la fortuna de colocarlos a todos en una misma posición y que se abran camino por sus méritos, como si cada uno no tuviera ya marcado el recorrido que restringe su propia voluntad. Y no solo eso: como si esa voluntad ya no estuviera definida, en gran medida, por su situación.

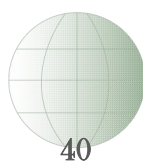
“Quiero que todos se comuniquen entre sí, señor presidente, quiero que cada uno sepa cuáles son sus intereses y cómo coinciden con los intereses de los demás”, dice Max Monroy en los tiempos en que “el aparatito” podía perderse en el interior de la palma de una mano, aún había que esperar a 2009 para la explosión del 4G y que pesaran en las manos, y una década más para que la cantidad de líneas de celulares superara a la población mundial. (<https://elpais.com/tecnologia/2018/02/27/actualidad...>). La exigencia de Max Monroy se ha cumplido y el mundo no ha dejado de ser día a día más injusto y desigual, aun cuando hoy haya 2500 millones de personas –casi el 30 % de la población mundial– que utilicen al menos una de las “aplicaciones” emparentadas a Facebook. El gran sueño de Max Monroy, máquinas de predecir las aspiraciones y las voluntades de los usuarios.

La definición no es reciente, la utilizó por primera vez André-Marie Dubarle (1910-2002), el profesor y teólogo dominicano, en un artículo publicado en *Le Monde* en di-

ciembre de 1948 (L.E.Alcalá:doctorpolitico.com...). Pensaba en las novedades presentadas por el libro de Wiener, publicado meses antes, *Cibernética: control y comunicación en el animal y las máquinas*, y en las experiencias en tecnología y estadística utilizadas durante la guerra, y se preguntaba: “¿No se podría imaginar una máquina que recoja algún tipo de información, como por ejemplo información sobre la producción y el mercado, y luego determine en función de la psicología promedio de los seres humanos y de las cantidades que sea posible medir en un momento determinado, cuál sería el desarrollo más probable de la situación?” Debarle arriesgaba un nombre, “máquina de predecir”, aunque también proponía otro, “máquina de gobernar”.

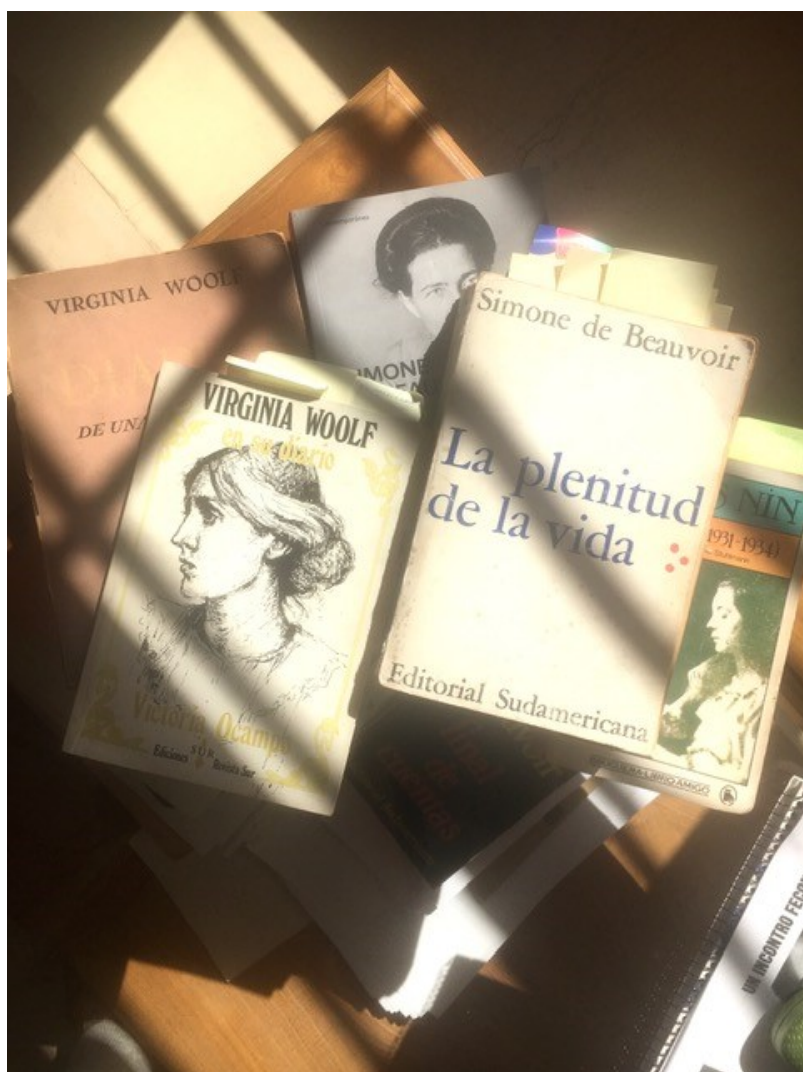
Max Monroy le dice al presidente: “Ninguna élite sobrevive si no se adapta al cambio, señor presidente. No sea usted el jefe de un reino momias.”

Miguel Vitagliano



EL PLIEGUE INTERNO: HAMBRE,

Graciela Batticuore



1 8 de abril. Son las doce del mediodía del sábado y detrás de la ventana de mi cuarto brilla el sol. Yo sigo sentada en la cama, piernas alargadas, caderas contraídas por demás, ojos cansados, cara extrañada, no hay duda de que he tenido mejores épocas. Retomo el libro de Simone de Beauvoir, estoy llegando al final y algunas coincidencias personales me asombran. También la justeza del título que recién ahora comprendo y se me vuelve hermoso, *Memorias de una joven formal*. Adoro a esa joven de diecinueve años que se tortura preguntándose quién es, hacia dónde va su destino, si puede o no puede abandonarlo todo para

subirse a una nave con ella sola a bordo. Ya está cursando filosofía en La Sorbona, estudia todo el día y tanta dedicación a la lectura le hace perder por completo la noción del cuerpo hasta tocar la frustración o la náusea. Pero abajo de la disciplina hay hambre, incluso desesperación, porque Simone quiere escribir, componer una obra, quiere tener un amor y ser feliz. Después de los exámenes empieza a salir con amigas, va al teatro, otras veces al bar. Un día visita Montparnasse y ve con los propios ojos la “mala vida”, para su sorpresa el espectáculo no la espanta sino que le resulta “refrescante”.

Música, baile, alcohol, palabras impuras, rozamientos.

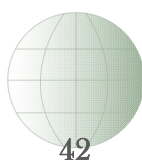
“¿Cómo no me siento chocada sino que acepto aquí lo que no aceptaría en ninguna parte y bromeo con estos hombres?”, se pregunta. “¿Cómo pueden gustarme estas cosas con esa presión que me viene de tan lejos y que domina con tal fuerza? ¿Qué es lo que voy a buscar en esos lugares de turbio encanto?”.

Simone se mira a sí misma y no se reconoce en esa complacencia. Se ve distinta y a la vez no tanto, de esas rameras de los *boulevards* cuya carnalidad la encandila. No las puede dejar de mirar con ansia, con voracidad. La joven formal se mide en ellas y descubre un hambre que le es propia:

“Yo también me conmovía, me reía, me sentía bien. ¿Por qué? Erré largamente por el boulevard Barbés, miraba a las rameras y a los golfos no ya con horror sino con una especie de envidia. De nuevo me asombraba: “Hay en mí no sé qué deseo quizá monstruoso, presente desde siempre, de ruido, de lucha, de salvajismo y de hundirme sobre todo... ¿Qué se necesitaría hoy para que yo también fuera morfinómana, alcohólica, y no sé qué más? Quizá solamente una ocasión, un hambre un poco mayor de todo lo que nunca conoceré...”. Por momentos me escandalizaba de esa “perversión”, de esos “bajos instintos”, que descubría en mí. ¿Qué habría pensado Pradelle que antes me acusaba de prestarle a la vida demasiada nobleza? Yo me reprochaba mi duplicidad, mi hipocresía. Pero no pensaba en renegar: “Quiero la vida, toda la vida. Me siento curiosa, ávida, ávida de quemarme más ardientemente que cualquier otra, cualquiera que sea la llama. Estaba a dos pasos de confesarme la verdad, ya estaba harta de ser un espíritu puro. No es porque el deseo me atormentara, como en vísperas de la pubertad. Pero adivinaba que la crudeza de la carne, su crudeza, me hubiera salvado de ese estado etéreo en el que me agotaba”.

A los diecinueve años, el sexo todavía la asusta a Simone. Ha sido educada en una familia burguesa, católica, en una sensibilidad intelectual de la que ella misma es artífice. Se pasa los días y las noches alternando los libros de filosofía con los de literatura, quiere escribir una novela, componer una obra pero también quiere encontrar un amor y no sabe si este deseo es compatible con el otro. Si la felicidad puede o no ir de la mano con la libertad. Pero hay algo conmovedor a lo largo del relato y es el *vitalismo* en las diferentes edades de crecimiento, hasta llegar a toparse con ese momento en que la conciencia de la sexualidad se impone por primera vez.

Sucede no sólo cuando visita Montparnasse sino unas páginas después en el libro,



justo al conocer a un amigo personal de Sartre que será el puente para llegar a él, aunque Simone todavía no lo sabe. Se trata de Herbaud, que aparece ante sus ojos como un joven no sólo interesante, gracioso, insolente, sino también hermoso: “pero además tiene un cuerpo”, descubre impresionada la memorialista.

Herbaud es uno de los intelectuales destacados del conjunto de estudiantes universitarios que la rodean, el mismo que reconoce en ella “una forma de inteligencia que lo conmueve”. Su mirada le ofrece una *constatación de sí misma* que necesita, entonces se ve en los ojos de él como en un espejo, podría enamorarse perdidamente si no fuera porque el destino le depara otro punto de llegada.

Pero no es la historia con Sartre la que me interesa poner en foco todavía, sino la de esta joven que se vuelve cada vez más consciente de su propio deseo o del que es capaz de motivar en los otros. En este sentido es elocuente el modo en que recuerda la autobiógrafa ese encuentro con Herbaud, la impresión que le produjo comprobar que ella le gustaba: “me sorprendió la *violencia* de ese entusiasmo”, anota sobre el final de las *Memorias*.

La palabra “violencia” se repite en la obra varias veces, asociada siempre a la sexualidad, al deseo, que a su vez está ligado al ansia de libros y lecturas, al saber, pero, sobre todo, al anhelo de escribir. Simone quiere ser escritora y comprende que esto implica también una cierta violencia, salir al mundo, a la intemperie, asumir la propia voz, de eso se trata. La escritura es un riesgo y ella lo comprueba más tarde, en el momento de mayor éxito, cuando publica *El segundo sexo* (1949) con un índice de ventas descomunal (veintidós mil ejemplares en Francia ese mismo año, un millón en los Estados Unidos, traducciones en varios idiomas), pero una parte de la aristocracia literaria francesa la condena por su impudicia. Una mujer que escribe sobre sexualidad, que desmitifica los mandatos y lugares comunes de una larga historia, una mujer osada, atrevida, sin pudor, una mujer que se presenta con la virtud opuesta a “la docilidad”, que quiere vivir su vida, eso también es violencia para los conservadores. “Hemos alcanzado literalmente los índices de abyección”, determina François Mauriac en el 49^o. Habrá que saber escribir, entonces, hacerlo muy bien, saber afrontarlo.

*

Pasan los días. Sigo leyendo, pensando. Ahora doy un salto y trazo un puente entre París, Londres, Buenos Aires. Me acuerdo del diario de Virginia Woolf que Victoria

Ocampo hace traducir y publicar en Sur, tan sólo un año después de la edición original en inglés que preparó Leonard Woolf recortando un *corpus* selectivo de los numerosos cuadernos manuscritos que había dejado inéditos su esposa antes de morir (*A Writer's Diary*). Pero sobre todo me acuerdo del ensayo que escribió ese mismo año Victoria Ocampo, *Diario de una escritora* se titula, también fue publicado en Sur a propósito del otro. Por esa misma época Beauvoir estaba presentando en París su novela *Los mandarin*, que recibió el premio Goncourt justo en 1954, pero Victoria no estaba enfocada en ella sino en Virginia Woolf, a quien admiraba mucho, la había conocido personalmente en su casa de Londres y ella la incentivó a escribir su propia autobiografía.

En *Diario de una escritora* Ocampo reflexiona agudamente sobre los vínculos entre vida y escritura, entre censura y autocensura en la obra de las mujeres autoras. Se detiene en un aspecto particular, dice que Virginia detestaba el “yo” en literatura, no quería que la personalidad se antepusiera al hecho literario, prefería diluir la vida personal en la trama novelesca (justo al revés de lo que hace Ocampo con su propia obra). Entonces la novela se presenta para ella “como una forma furtiva de la autobiografía, un sucedáneo de la confesión”, lo que Victoria denomina “la huida en el personaje”. De ahí su sentencia: “*Orlando* y *Las olas* son violentamente autobiográficos”.

A esta formulación quería llegar. Reaparece aquí este término que se hace presente varias veces en el primer tomo de la autobiografía de Simone, con el mismo sentido que *liga* la escritura a la vitalidad, a la sexualidad, al riesgo. Entonces voy ahora al diccionario y busco la palabra *violencia*, el término deriva de vis, que en latín significa poder, fuerza, potencia (*olentus*: abundancia, el violento es el que actúa con mucha fuerza), por detrás está *weis*, una raíz prehistórica indoeuropea que se traduce como *fuerza vital* (pienso en el parto, en el cuerpo desgarrado de las mujeres al dar a luz, en el poder de gestar, también de escribir, de elegir o no la maternidad, y pienso en la intimidad como fuerza, en la conquista de la escritura cuando es autobiográfica o toca la propia vida). Así, precisamente, en este campo de sentidos inscribe Simone de Beauvoir el título y el prólogo de otro tomo de la autobiografía, *La fuerza de las cosas* (tercer volumen, publicado en 1963), donde declara lo siguiente:

“He querido que en este relato circule mi sangre; he querido arrojarme en él, todavía viva, y cuestionarme en él antes de que todas las cuestiones se hayan extinguido. Tal vez es demasiado pronto; pero mañana será seguramente

demasiado tarde (...). En el período del que voy a hablar ya no se trataba de formarme, sino de realizarme; rostros, libros, filmes, los encuentros que he tenido aunque importantes en su conjunto casi ninguno me resultó esencial (...) Por cierto se encontrará que este libro es desequilibrado: tanto peor. De todos modos no pretendo que sea –como tampoco el precedente– una obra de arte: esta expresión me hace pensar en una estatua que se aburre en el jardín de una quinta; es una palabra de coleccionista, una palabra de consumidor y no de creador. (...) No; no una obra de arte, sino mi vida en sus impulsos, sus infortunios, sus sobresaltos, mi vida que trata de decirse y no servir de pretexto para elegancias”.

Está claro que Simone no quiere estatuas en el parque sino sangre en las venas y emoción. Toda su obra fue apasionada, vital, intelectual. Pero Simone no fue la única (aunque sí la más osada, al transformar el ímpetu individual en un manifiesto de vida colectivo). Unos años antes, a comienzos de la década del 30, Anaïs Nin anotaba en su diario lo siguiente: “la vida corriente no me interesa. Solo busco los momentos fuertes”. Por esa vía llega también ella a la palabra “violencia”, para referirse a la hora en que conoció a su amante Henry Miller, con quien vivió una aventura amorosa que registró en sus escritos. Al recordar el momento en que se conocieron, dice que ese fue “el encuentro de la delicadeza con la violencia”, se refiere, concretamente, al temperamento sexual de Miller y al suyo. Nin tiene clara la *continuidad entre sexo y literatura*: “sé que estoy en una bonita cárcel de la que sólo podré huir escribiendo”, anota justo antes de conocerlo. Simone explorará también esa ligadura a partir del encuentro con Sartre y con los otros “amores contingentes” que conoció en los mismos años en que se desataba la segunda guerra en Europa. Esa también es una experiencia palpable, “fuerte”, que describe Simone en *La plenitud de la vida* (1960), el segundo tomo de la autobiografía que releo en estos días de zoom y de pandemia. Ya que hablamos de violencias.

Graciela Batticuore

